



Volver a Marx

Un siglo y medio desde la publicación de *El capital*

Por Marcela Venebra

¿Por qué y para qué volver a *El capital*?

Antes de responder habrá que señalar la imprecisión en el planteamiento, pues más que ‘volver’ —como regresar sobre las páginas de un viejo conocido en cuyas líneas hemos navegado— es encontrarnos con Marx. Esta vez se trata de intentar una lectura íntima y menos ingenua, no precisamente con el ansia turbia de la erudición ni con la frivolidad del curioso, sino con la urgencia de nuestro tiempo. No es casual que la trayectoria intelectual del filósofo alemán haya iniciado con un ensayo sobre Epicuro. La crisis del helenismo, la del capitalismo y la de la época actual tienen un fondo compartido: son en realidad una ausencia del sentido humano a raíz de la enajenación, un hacerse medio ‘para’ otra cosa y no un fin en sí mismo. Es el auge de la deshumanización. Marx lo identificó y ello determina su vigencia.

El capital precede los totalitarismos y la izquierda, la división de los marxismos en dominantes y marginales, e incluso el comunismo como un proyecto de Estado, y ha permaneci-

do incólume en su condición de proyecto. Es un amplio plan que abarca la descripción de las estructuras de dominación económica capitalista en toda su complejidad. El primer tomo es apenas un fragmento de aquel plan filosófico —la primera de seis partes previstas, pero, con todo, la lectura desprejuiciada de esta introducción es necesaria. Hay que volver a este tratado, porque ahora es posible y es necesario—.

Tenemos la posibilidad de leerlo desde un contexto más amplio. La gente nunca se acercó tanto a la filosofía como a través de esta obra maestra; no se leyó a ningún filósofo con tanto entusiasmo o tanta necesidad. Esta reflexión continuada por 15 décadas abarca prácticamente todo el pensamiento contemporáneo, desde teoría económica, lingüística, ciencia política, antropología y arte. No hay región del espíritu intocada por Marx.

El capital no sólo ha sido un foco hermenéutico para el debate político, también ha sido motivo en la filosofía más reciente: el discurso

marginal de Rosa Luxemburgo, Karel Kosik o George Lukács, la original apropiación existencialista de Jean Paul Sartre y la crítica de las ideologías que emprenden autores como Antonio Gramsci, Louis Althusser o Norberto Bobbio, son algunas muestras de esta influencia. André Leroi-Gourhan y Maurice Godelier, por ejemplo, alimentaron el evolucionismo antropológico a partir de la lectura de Marx. Theodor Adorno y Max Horkheimer, por su parte, desarrollaron una crítica al pensamiento ilustrado fundada en el materialismo dialéctico que Habermas, su discípulo, y quien también supo aprovechar la enseñanza de su compatriota para desarrollar su ética dialógica. En la lingüística, Valentín Voloshinov y Roman Jakobson representaron, en su momento, una alternativa histórica al estructuralismo francés. En la fenomenología, L. Landgrebe y B. Waldenfels trataron de poner en relación el trascendentalismo husserliano y la teoría marxista al nivel de los análisis de la corporalidad. Durante el mismo periodo del siglo xx, la filosofía de la esperanza de E. Bloch nos pone delante de una insólita radicalización del pensamiento de Marx, conducido hasta la posición central y decisiva del agente, de la acción humana en el mundo. Todas estas apropiaciones de la obra de Marx nos descubren las múltiples y más profundas dimensiones de este icónico tratado, además de los múltiples niveles de comprensión que han dado lugar a discursos fincados sobre la particularidad contextual de América Latina, como los de Enrique



Dussel, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Villoro, Jorge Veraza, Bolívar Echeverría y Leopoldo Zea, entre otros tantos, quienes consiguieron no una traducción de *El capital*, sino una utilización de éste como aquello que siempre fue: un instrumento crítico de nuestra realidad inmediata. Es nuestra posibilidad de leer a Marx en uno de sus momentos más fértiles.

¿POR QUÉ Y PARA QUÉ VOLVER A *EL CAPITAL*?

Porque es necesario; estamos en medio de una crisis que precisa replantearnos el sentido humanizante y dignificante del trabajo —como el primer valor que de él deriva—. Es nuestra urgencia entender este inmenso logro filosófico: la introducción

del concepto de justicia en el campo de la teoría económica. La ‘justicia’, vieja categoría reservada para las discusiones filosóficas o tecnificada en el lenguaje de los juristas, adquiere un sentido fundamental al ser puesta en circulación en el pensamiento económico. Es apremiante volver sobre la crítica de los procesos económicos como dinámicas que no son ni pueden ser pensadas en términos neutrales, sino que corresponden a una esfera

de la racionalidad humana, susceptible de ponderación desde una idea de justicia distributiva de la riqueza —o abatimiento continuo del régimen de la necesidad—. La reconstrucción y renovación del sentido de lo humano sólo es posible como superación de la subsistencia. Esto es algo que *El capital* nos enseña: a pensarnos en nuestra condición, bajo el entendido de que reflexionar sobre nuestra circunstancia ya es transformarla. 



Marcela Venebra es profesora-investigadora en la Facultad de Humanidades de la uaem, miembro del sni y directora editorial del *Acta Mexicana de Fenomenología*. Filosofía de la cultura, antropología filosófica y fenomenología son sus áreas de investigación.

